

La analogía del valor

Alan de Jesús Bonila Petlachi

Introducción

¿Quién alguna vez no ha discutido sobre la conducta de una persona, la elegancia de una mujer, la justicia de una sentencia o el agrado de una comida? Me atrevo a afirmar que por lo menos una vez en nuestra vida hemos debatido acerca de alguno de estos temas y, si en algún momento quisimos terminar esas discusiones interminables, quizá hayamos llegado a decir que todo es cuestión de gustos. Entramos, sin saberlo, en el terreno de la teoría de los valores, pues es en preocupaciones concretas que la filosofía tiene su origen y en donde se muestra su atadura con la realidad.

La axiología es la rama filosófica que se ocupa del estudio del valor en tanto valor. Es importante remarcar esto así como se remarca en la definición de metafísica que estudia al ser en tanto ser, y es que es esta diferencia de la que partiremos para desglosar el término “valor”. La etimología nos remite al mundo griego, donde la palabra ἄξιος significa “digno de aprecio”, “estimable” o “que vale la pena” y λόγος significa “tratado” o “estudio”. ¿Es entonces la axiología un estudio que vale la pena? Al menos etimológicamente.

A través de la historia puede observarse cómo el ser humano va descubriendo más elementos de la realidad en la que vive. Sabemos que con los presocráticos empieza el estudio del mundo físico, el de las cosas materiales que pueden explicar el origen (ἀρχή) de todo cuanto observamos. Junto a ese mundo físico, pronto se advierte el mundo ideal, el de las esencias, los conceptos y las relaciones de los que Sócrates y Platón son descubridores. Más tarde, en el cristianismo, se descubre el mundo

espiritual con un Dios al que se tiende a manera de trascendencia. Y finalmente, con Descartes se descubre el mundo de lo psíquico, el de las vivencias que resultan difíciles de emparentar con los fenómenos físicos.

Así pues, se ha intentado reducir la Axiología a cada uno de los mundos que se fueron descubriendo, de manera que tenemos la Axiología reducida a lo físico, a lo ideal y a lo psíquico-espiritual. En primer lugar, se encuentran quienes intentaron reducir la Axiología a lo físico y estos consideran equivalentes los términos “valer” y “ser”. No puede hablarse, pues, de una teoría de los valores como tal porque si todo lo que es tiene valor, entonces todo lo que no tiene valor no es. O dicho en otras palabras, la ausencia de valor es también ausencia de ser y así la axiología se ve reducida a todas las ramas del saber. Bajo este argumento podríamos equiparar a un ser humano con un perro, una acción justa con una injusta, una obra de arte con un mingitorio y hasta una pandemia con una actitud exagerada. Como todas estas cosas son, por lo tanto valen lo mismo.

Si se quiere hablar de una jerarquía de valores, es necesario distinguirlos de las cosas. Uno puede escuchar los distintos sonidos que producen los objetos naturales o artificiales, sin embargo se vuelven música una vez que adquieren una armonía, un ritmo y una melodía. Uno puede enunciar diferentes juicios que hacen referencia a objetos en el mundo, no obstante se vuelven poesía una vez que adquieren rima, métrica y entonación. Y, finalmente, uno puede relacionarse con el mundo de varias formas, pero se vuelve persona una vez que adquirimos razón, emoción y voluntad.

En segundo lugar, se encuentran quienes intentaron reducir la Axiología al mundo ideal y al mundo psíquico-espiritual. La teoría de los valores ha adquirido una mayor significación, pero aún no una total independencia como doctrina filosófica. Ejemplos en la historia se encuentran en los Diálogos de Platón, en la Ética a Nicómaco de Aristóteles, en La Ciudad de Dios de San Agustín, en el Discurso del

método de Descartes, en la *Ética* de Spinoza, en el *Tratado sobre el entendimiento humano* de Hume y hasta en la *Crítica de la Razón Práctica* de Kant, en donde se discurre sobre valores específicos, pero no en general. Con esto quiero decir que se ha hablado de valores en especie: los del agrado, los del interés, los del deseo, los útiles, los vitales, los lógicos, los éticos, los estéticos y los religiosos; no obstante, no se les ha agrupado bajo otro género y se les estudia a veces individualmente y a veces mezclando unos con otros.

Si se quiere hablar de una jerarquía de valores es necesario, entonces, distinguirlos de las cosas y estudiarlos en conjunto. No son radicalmente distintos los tipos de valores mencionados más arriba, aunque tampoco son absolutamente idénticos. Podemos hallarlos en las cosas y sabemos distinguirlos unos de otros, como una comida agradable, un libro interesante, una cantidad de dinero deseable, un martillo útil, un cuerpo saludable, un juicio verdadero, una conducta honesta, un poema bello y un acto misericordioso. Y esta distinción se funda en que los valores se agregan a las cosas como los adjetivos a los sustantivos o como los accidentes a la substancia, lo que hace patente su naturaleza parasitaria: los valores inhiere en las cosas y no subsisten por sí solos.

Ahora que hemos rescatado al valor del reduccionismo, podemos volver a discutir sobre la frase que inició esta discusión: todo es cuestión de gustos, o, siendo más propios y cultos, de gustibus non disputandum. Risieri Frondizi (1910-1983), filósofo argentino, sale a la defensa en su libro *¿Qué son los valores?* (1972) a preguntarle al hombre que sostiene esta postura las siguientes cuestiones:

¿Es cierto que no puede discutirse sobre el gusto? ¿Es impropio, entonces, hablar de personas de mal gusto? ¿Acaso no se ha debatido durante tantos años sobre el valor estético de muchas estatuas, cuadros y poemas? ¿Son esas discusiones inútiles y no

hay modo de determinar el valor de una obra artística o la conducta de un hombre?
(p. 24-25)

Las respuestas parecen ser negativas, pero Frondizi aplica el principio de caridad sobre esta postura y examina lo que quiere significar:

Quien sostiene la tesis de *de gustibus non disputandum* quiere afirmar una nota peculiar del valor, esto es, el carácter íntimo e inmediato de la valoración. El agrado que nos produce un vaso de buen vino, la lectura de un poema, un preludio de Chopin, es algo personal, íntimo, privado y, con frecuencia, inefable. No queremos renunciar a esa intimidad, pues de lo contrario se nos escapa de las manos una nota esencial del goce estético. (Ibid, p. 25)

Pero pronto surge la templanza de la que nos hablaba nuestro compañero Carlos y advertimos que la Ética y la Estética podrían caer en el caos si nos refugiamos en la subjetividad del gusto. Cada quien tendría debajo del brazo el propio metro de la valoración y no podríamos hablar ni de "buen gusto" ni de moralidad. Es entonces que damos con la pregunta esencial de toda esta discusión: ¿tienen las cosas valor porque las deseamos o las deseamos porque tienen valor? ¿Son los valores subjetivos u objetivos?

Subjetivismo contra Objetivismo

De Franz Brentano (1838-1917) parten las corrientes antitéticas susodichas. Por un lado, sus discípulos Alexius Meinong (1853-1920) y Christian von Ehrenfels (1859-1932) fueron iniciadores de la doctrina subjetivista del valor; por otro lado, Edmund Husserl (1859-1938) es también discípulo de Brentano y llega a influir a través de su fenomenología a dos de los defensores más firmes de la doctrina objetivista: Max Scheler (1874-1928) y Nicolai Hartmann (1882-1950). Es interesante notar que

Brentano, sin embargo, no tenía una orientación subjetivista; al contrario, sostenía el carácter evidente y absoluto de los juicios axiológicos.

Es así que en 1894 en la obra *Investigaciones psicológico-éticas para una teoría del valor* de Alexius Meinong se enuncia la primera interpretación subjetivista del valor: “un objeto tiene valor si tiene la capacidad de orientarse lo suficiente, si normalmente está predispuesto, para proporcionar la base objetiva de un sentimiento de valor” (p. 25). Pese a que la esencia del subjetivismo se encuentra en esta enunciación, Meinong se convierte al objetivismo cuando Husserl le hace frente al “psicologismo” en sus *Investigaciones Lógicas*. En palabras de Julián Marías (1999): “el psicologismo es la actitud [...] según la cual la psicología es la raíz, el fundamento de la filosofía, especialmente de esas tres grandes disciplinas: lógica, ética y estética”. Es así que Husserl destruye al psicologismo en cinco sencillos pasos:

1. Si las leyes lógicas se fundan en leyes exactas del pensamiento, como quieren los psicologistas y
2. las leyes exactas del pensamiento se fundan de los hechos de la experiencia de donde solo se obtiene la demostración de la probabilidad,
3. entonces la lógica tendría también el rango de mera probabilidad,
4. pero esto es contradictorio con lo apriórico de las leyes lógicas,
5. por tanto el psicologismo queda refutado para sostener la lógica, la ética y la estética.

Y como la lógica, la ética y la estética tienen fundamentos axiológicos, de paso refuta al subjetivismo. Sin embargo, no es el fin de esta doctrina, pues cuando en el primer cuarto del siglo XX todo el mundo germano y hasta el español con Ortega y Gasset al frente se habían refugiado en el idealismo en un objetivismo absoluto, la reacción

en contra de este movimiento se da en el mundo de habla inglesa. Como dice Frondizi (1972):

Del mismo modo como el espíritu humano tiene una gran capacidad para reaccionar frente a las formas decadentes del escepticismo y el pesimismo –porque no puede desprenderse del sentido positivo, creador y fecundo que lo anima–, tampoco se deja atrapar definitivamente por el dogmatismo que resuelve los problemas con afirmaciones enfáticas. El sentido creador lo salva del primer peligro; el espíritu crítico, del segundo (p. 59)

Surgieron dos movimientos en contra del idealismo germánico del siglo XX, los realistas gnoseológicos y los neorrealistas. De este último grupo es iniciador William James (1842-1910) y su discípulo más importante en el ámbito axiológico es Ralph Barton Perry (1876-1957). Cabe mencionar de paso que R. B. Perry fue a su vez profesor de Risieri Frondizi.

Perry recupera la doctrina subjetivista con la siguiente afirmación en su obra *General Theory Of Value* de 1926: “Lo que es objeto de interés adquiere eo ipso valor. Un objeto, de cualquier clase que sea, adquiere valor cuando se le presta un interés, de cualquier clase que sea” (p. 115-116). A comparación con la doctrina de Meinong, la doctrina de Perry rechaza la idea de que el objeto sea capaz de producirnos interés y más bien nosotros le proporcionamos ese interés.

Sin embargo, un sencillo contraejemplo destruye cualquier doctrina subjetivista que intenta reducir el valor al sujeto que valora, pues existen cosas a las que usualmente no les prestamos interés y que tienen un valor más profundo, así como existen cosas a las que usualmente les prestamos interés y que en realidad no tienen valor. Por ejemplo, el hecho de que a muchos niños no les guste comer verduras no les quita el valor nutritivo que tienen, o el hecho de que a muchas personas les guste el reguetón

cristiano no significa que en verdad sea estéticamente bello. En conclusión de las doctrinas subjetivistas, si cualquier agrado, deseo o interés le confiere valor a cualquier cosa, caeríamos en otra indiferenciación como los que equipararon ser y valer y de nuevo no podríamos diferenciar un ser humano de un perro, una acción justa de una injusta, una obra de arte de un mingitorio y una pandemia de una actitud exagerada, porque hay personas que valoran más al segundo que al primer objeto.

Ocurre entonces otra reacción de oposición y un sentimiento de desprecio de esta doctrina. El hecho de que perdamos nuestro interés en las cosas tan pronto como se nos revelen más propiedades de esas cosas, demuestra que son las propiedades del objeto las que prestan su apoyo a un interés bien fundado y que el objeto nunca cambió a pesar de nuestro supuesto examen axiológico. Y como un ejemplo claro y conciso, Max Scheler en su *Ética* de 1913 afirma que: "Aunque nunca se hubiera juzgado que el asesinato era malo, habría continuado el asesinato siendo malo. Y aun cuando el bien nunca hubiera "valido" como "bueno", sería, no obstante, bueno" (p. 100). Esta aseveración encuentra su fundamento en que, para Scheler, los valores no son dependientes de los depositarios en los que se pueden encontrar ni están condicionados por ellos, cualquiera que sea su naturaleza: histórica, social, biológica o individual. No obstante, se nos evidencian en su totalidad de manera a priori en el acto del percibir sentimental, que es un hecho psíquico que supone su preexistencia.

En suma, para Scheler los valores tienen subsistencia y, aunque los hallemos en las cosas, preexisten con total independencia de todo. Cabe preguntarle a Scheler si en verdad el asesinato continuaría siendo malo sin haberse juzgado así, pero parece que el asesinato supone personas asesinas, personas asesinadas y personas que juzguen el asesinato, ¿cómo se puede asegurar, entonces, que sin personas que

juzguen el asesinato siempre habría sido malo? Esto es absolutamente incognoscible. Además, su radicalidad en el objetivismo de los valores lo lleva a ponerlos fuera de la esfera humana, aunque esta, por algún extraño motivo, ¿cómo se puede asegurar, entonces, que tengamos la capacidad de aprehender los valores en su totalidad?

Scheler parece olvidarse de sus raíces fenomenológicas y en lugar de ir a las cosas mismas, va a un mundo metaempírico y accesible solo para quienes no estén ciegos al valor, como él mismo lo dice: “el contenido apriórico reside en lo que de este modo [a saber, el percibir sentimental] es dado. Un espíritu que tuviera limitado su horizonte a la percepción y al pensar sería enteramente ciego al valor, por muy capaz que fuera de “percepción íntima”, es decir, de percibir lo psíquico” (Scheler, 1950, p. 124-125). Se pueden notar deficiencias profundas del objetivismo y del subjetivismo que parecen derrumbar las abundantes páginas que las sostienen.

Superación de la antítesis

Solucionemos este embarazoso desastre entendiendo las posturas subjetivistas como un equivocismo del valor y las doctrinas objetivistas como un univocismo del valor. Se hace evidente, entonces, el título de esta ponencia, pero solo después de un largo recorrido y no como alguna especie de intuición a priori: hay que buscar la proporción, la analogía del valor.

Para entender la naturaleza de valor, en primer lugar, hay que concebirlo como una tensión entre el sujeto y el objeto. No hay que descartar los lados equivocista y univocista del valor, sino conciliarlos: hacen falta personas que valoren y objetos que valorar. Por ejemplo, si valoramos una comida como agradable debemos considerar a personas que tengan un paladar y alimentos que probar. Así, en el valor inciden tanto las reacciones subjetivas como las propiedades objetivas, y es de esta manera

que nuestro conocimiento del valor debe entenderse, como resultado de esta relación de tensión.

En segundo lugar, hay que entender esta relación de tensión como una significativa. No es una mera suma de las partes del objeto lo que da como resultado el valor, sino que se le dota de un sentido que no se encuentra ni se reduce a sus propiedades naturales pero que depende de ellas. Lo bello en un cuadro no es la mera suma de cada trazo ni se reduce a ellos, así como lo honesto de una persona no es la mera suma de acciones ni se reduce a ellas, pero llamamos bello a un cuadro porque efectivamente podemos ver sus trazos y llamamos honesta a una persona porque efectivamente podemos ver sus acciones.

Este significado que le damos a los objetos, tanto a una comida como a una conducta, se expresa en términos de “estructura”, la cual es un complejo de elementos con una unidad superveniente, irreducible a las propiedades de esos elementos. Con unidad superveniente se quiere decir que aquel sentido que le proporcionamos a los objetos depende de sus propiedades, pero la segunda parte de la definición nos salva de reducirlas a ellas. Por ejemplo, lo útil de un martillo superviene de la dureza de su cabeza y de la resistencia del mango, pero el hecho de que un martillo tenga estas propiedades no lo hace útil hasta que se tenga que martillar algo, es decir, hasta que se le confiera un sentido a dichas propiedades de dureza y resistencia.

En tercer lugar, debe considerarse que estas relaciones de tensión significativas al darse en la experiencia se encuentran siempre situadas. No están el sujeto o el objeto fuera del ambiente físico, cultural, social, psicológico o espaciotemporal. El clima del cuarto en el que me encuentro, el sector poblano al que pertenezco, la rutina diaria que llevo, las expectativas que tengo, y el domingo en la noche en la que me hallo, me hacen valorar este ensayo como asfixiante por no poder terminarlo.

Risieri Frondizi concluye de estas tres anotaciones que el valor es una cualidad estructural que se encuentra dentro de una situación. Frondizi aplica el calificativo de "cualidad" en el sentido de que los valores no son estructuras por sí solas, pues bajo la definición arriba apuntada podemos decir que todo ente es una estructura. Un jaguar es una estructura, pues es un complejo de elementos con una unidad superveniente, es decir, tiene cierta extensión, color, localización, etc., que hacen que el jaguar sea. Se puede hallar en este jaguar su extensión, color y localización, pero no se hallan en él lo feroz, lo emblemático o lo majestuoso. Estas últimas son cualidades "extra" y lo hacen valer, además de las que ya tiene y lo hacen ser.

Pese a todo esto, los valores no tienen el mismo valor ontológico, pues de nuevo caeríamos en la indiferenciación del principio. Podemos ver que un niño valora a los juguetes de una tienda como deseables así como podemos ver que un juez valora a los acusados de un crimen como culpables, pero indudablemente no tienen el mismo grado axiológico. Y no solo entre distintos valores, sino entre el mismo valor, pues reconocemos que hay buenos automóviles así como hay buenos estudiantes, pero indudablemente no tienen el mismo grado de bondad.

Frondizi es consciente de este problema en el último capítulo de su libro y no quiere proporcionar de manera dogmática una tabla de valores, pues considera que la mera existencia de lo "mejor" y de lo "peor" hace patente a los valores superiores que "nos indican la ruta en cada caso, dentro del desarrollo histórico de la humanidad, siempre abierto a la libre obra creadora de la imaginación, la inteligencia y la mano del hombre" (p. 233). No obstante, en los primeros capítulos del libro esboza una pequeña jerarquía de valores que van desde los bajos: agradable, lo deseable y lo interesante; pasando por los de en medio: útiles y vitales; y llegando a los más altos: estéticos y éticos.

Conclusiones

En resumen, se ha revisado brevemente la historia de la axiología, así como también se han analizado y criticado las interpretaciones subjetivistas y objetivistas del valor, para finalmente dar una solución analógica entre los extremos equivocistas y univocistas del valor. Y con ello, también se cumple el propósito de esta ponencia, la cual es introducir el tema axiológico y ponerlo en discusión con mis compañeros. Sin embargo, no es todo lo que pretende esta ponencia.

Esta ponencia cuenta una historia. A lo largo de esta, el valor ha sido náufrago en el mar agobiante del equivocismo y ha sido prisionero de la isla del univocismo, pero aunque haya llegado a la tierra firme de la analogía, su historia no acaba ahí. Esta ponencia cuenta una historia, pero esta historia puede ser reescrita innumerables veces, tantas como sea necesaria, pues el verdadero protagonista de esta historia es el ser humano creador que sufrirá los dolores y las congojas del naufragio y la esclavitud, pero que al final tendrá la satisfacción inigualada de sentirse plenamente libre.